

25 ejemplares, 50 céntimos.

DIARIO INDEPENDIENTE

Número suelto, 5 céntimos.

| | | | | |
|-------|--|---|--|--------|
| AÑO I | SUSCRIPCIÓN (Pago adelantado). Madrid: Un mes, una peseta. — Provincias: Trimestre, 5 pesetas. — Asturias españolas y naciones con fronteras, 10 pesetas. — Portugal: Tri- mestrada, 5 pesetas. — En los demás países: Trimestre, 15. La correspondencia al Director. — No se devuelven originales. | ADMINISTRADOR: DON MARIANO DUEÑAS GÓMEZ Miércoles 29 de Octubre de 1890. | PRECIOS DE LOS ANUNCIOS Diez céntimos línea en cuarta plana. Se reciben hasta las cinco de la tarde en la Administración, San Bernardo, 11. y en el Almacén de papel de los Sres. Gállego y C ^{ta} , Car. San Jerónimo, 2. | Núm. 1 |
|-------|--|---|--|--------|

A LOS LECTORES

Venimos en un momento en que la libertad está asegurada en España.

Todo lo que puede garantizar el derecho individual y colectivo, ha tomado forma de ley.

Los conservadores mismos no se asustan de la libertad, y al gobernar con ella, han comprendido que es más fácil el ejercicio del poder tolerando, que reprimiendo.

Ya no existen problemas políticos desde que se han restablecido, con prudentes modificaciones, las leyes revolucionarias.

La Reina Regente ilumina el trono con el nimbo misterioso de sus virtudes.

Para coronar su obra de paz, no falta sino abrir los brazos y considerar como hermanos a todos los que viven en la emigración, desde D. Manuel Ruiz Zorrilla, al último soldado de Albuera.

Pero si los problemas políticos han acabado, puede decirse que no han empezado aún, los económicos y sociales. El país comprende, y con razón, que los problemas económicos, que durante veinte años gobernan, han tenido no menos buena fe, que desgracia.

Los intereses materiales, en sus manos han ido de mal en peor, y su deplorable administración ha sido causa del empobrecimiento y miseria de España.

Le han enseñado al país sus derechos; pero no han desarrollado sus intereses.

Una gran masa de españoles cree que ya es peligroso tenerlos al frente de los negocios públicos; otra permanece indiferente; la más pequeña, compuesta de deudos, paniaguados y parásitos, los defiende.

Estos son los que hacen trizas la Hacienda, unas veces del lado de la protección, otras del librecambio.

No creemos que el librecambio sea la panacea infalible que cure los males de nuestro Tesoro, ni que podamos esperar que el Sr. Mac-Kinley llenaría de onzas los bolsillos de los agricultores e industriales españoles; afirmamos el oportunismo como ley económica superior a todos los prejuicios de escuela, con objeto de que ni el interés general sea un obstáculo para el desarrollo de las industrias

patrias, ni el interés privado se fomenta a costa de los sacrificios de todos.

La nivelación de los presupuestos ha sido hasta hoy un ideal tan lejano como las estrellas, y los famosos *supercálculos* de todos los ministros de Hacienda no tienen otro mérito que hacer roir a cacojadas al país, que advierte sus buenos propósitos y sus malas obras.

No basta vivir con economía; hay que inventar nuevos tributos si se quiere conseguir algo, porque la propiedad territorial soporta el peso de los gastos, y esto no puede seguir así, a menos que se quiera llegar al socialismo por la vía de apremio, ó que el Estado sea el único propietario de la tierra, después de haber confiscado los bienes de los particulares.

La propiedad territorial paga el 21 por 100 al Tesoro, más el 18 por 100 del 21 que importan el recargo municipal y el premio de cobranza, más el 2,40 del impuesto equivalente al de la sal, más el 5 por 100 en que puede calcularse el impuesto de derechos reales sobre transmisiones de dominio.

¿No quiere decir esto que el Estado quiere concluir con la propiedad particular?

Pues si su intención es otra, hay que convenir en que los ministros de Hacienda disimulan mucho sus buenos deseos.

La cuestión social, que tan grandes proporciones ha tomado en Alemania, Austria, Francia e Inglaterra, no puede menos de interesarnos.

Todo el contenido de la doctrina del Individualismo se ha agotado; su ciclo terminó al concluir el monopolio y el privilegio con que las razas aristocráticas vivieron a expensas de los siervos. La parte de la reforma social hecha por la Revolución, está acabada. Su misión fué puramente negativa: destruyó todo lo que se oponía a la libertad individual, las antiguas instituciones con sus bases fijas, los vetustos privilegios con sus derechos inmovilizados, desvinculó, desamortizó. Ya no hay obstáculos; no existen barreras, ni dificultades, ni vínculos, ni manos muertas. Esto es bastante, pero no hemos afirmado nada; hemos destruido, pero nada hemos edificado; y como era natural, después de haber asegurado el derecho del individuo y el derecho del Estado, ha venido el choque de estas fuerzas. El individuo impotente por la dispersión casi ato-

mística que le da esta organización molecular del Estado; fortísimo y omnipotente: éste que no encuentra la debida resistencia en los organismos intermedios ya muertos, y que al faltar hoy hacen que la vida de la sociedad, se atrofie, haciendo imposible todo progreso en este eterno formalismo de la agitación oficial, que no deja en pie más que un gigante: el Estado gobernando millones de enanos.

Para resolver este problema hace falta a los obreros cordura y trabajo; a las clases acomodadas, abnegación y caridad.

Aunque hemos de dedicar preferente atención a nuestro ejército de mar y tierra, queremos dejar sentado nuestro pensamiento.

Aquel que consiga hacer más ejército, esto es, gente aguerida, contenta, disciplinada, con menos dinero, aquel será nuestro idolo.

Algunas reformas han venido a confirmar que el soldado puede tener más de su sueldo sin pedir a la nación mayores sacrificios.

La marina interesa muchísimo en un país casi rodeado de mar. Su posición geográfica, sus recuerdos, sus tradiciones, le obligan a mantener una buena escuadra.

La pobreza de nuestro Erario y antiguas desdichas han menguado la cifra de nuestros buques. Es preciso hacer barcos.

A su lado nos tendrá todo el que piense así. Respeto del personal, seremos imparciales. Tendremos aplausos para los individuos de la marina triunfante, pero nuestra simpatía y nuestro corazón están con la marina militante, porque consideramos más heroica la vida de la mar, que la del Ministerio.

Y con esto concluimos, pidiendo a nuestros compañeros en la prensa un poco de cortesía a cambio del profundo respeto é inmenso cariño con que hemos de tratarlos.

LA REDACCIÓN.

UNA CARTA DE ECHEGARAY

Sr. D. Luis Vidar.

Muy señor mío, distinguido amigo, aunque a los que de mi persona ó de mis escritos se ocupan, hago una excepción en el presente caso por tratarse de usted y por tratarse de un problema puramente técnico.

Y aun así y todo será muy breve. En primer lugar declararé que me adhiero del todo á esta opinión concreta del eminente in-

geniero Sr. de Rojas, que cita usted en su carta, á saber: que no puede resolverse de una manera definitiva esta cuestión de preferencia entre unos y otros submarinos sin un estudio comparativo entre todos ellos.

Para lo cual yo agrego que sería preciso conocer las descripciones exactas de sus mecanismos y las relaciones exactas de las pruebas. Nada de esto sabemos: luego todos hemos de discutir con cierta vaguedad. Discutidos por impresiones apasionadas en uno ó otro sentido. Lo cual no impide que cada cual tenga sus impresiones propias, y yo tengo las mías, y no las fundo por completo en el aire. Pues bien; mi impresión es la que he expresado en mis artículos del *Diario de la Marina*. En teoría, los aparatos del Sr. Peral me parecen los más perfectos; al menos entre los que conozco. ¿Qué han sido en la práctica? Los hechos nos lo dirán, cuando conozcamos los hechos. Por el pronto yo creo que han sido favorables.

Pero mis artículos son varios y usted no conoce, por lo visto, más que párrafos sueltos de algunos de ellos, lo cual explica las inexactitudes en que, contra su voluntad, incurro usted en su carta.

Dice usted que no prueba la originalidad del aparato de profundidades el hecho de que el barco se haya sumergido y después se haya puesto á flote, y tiene usted mil y mil veces razón; pero yo no he dicho semejante cosa.

Yo sostenía y sostengo la originalidad del aparato de profundidades, fundándome, no en que el barco suba y baje, sino en la descripción de dicho aparato, la cual descripción, tomada del electricista inglés, apareció hace tiempo en uno de mis artículos del *Diario de la Marina*.

Citaba el hecho de subir y bajar para poner en evidencia, que el aparato de profundidades era no sólo ingenioso en teoría, sino eficaz en la práctica.

Rejemos, pues, la idea: el aparato de profundidades es original, porque yo creo que no se parece á los anteriores; es eficaz, porque hace subir y bajar al submarino. Y en rigor, hablo del aparato de profundidades; y debía hablar de los aparatos de profundidades; pero prescindiendo de esta cuestión.

Dice usted en su carta, cuyo tono severo y templado son muy de alabar, que los aparatos de profundidades empleados hasta el presente en los barcos submarinos, han consistido en recipientes que permitían tomar y expeler agua á voluntad; y en timones horizontales ó hélices verticales. Precisamente por eso, mi buen amigo, no se parece el aparato del señor Peral á los anteriores, y basta, para convencerse de ello, leer la descripción de dicho aparato, según la consigna el electricista inglés ó según yo la he interpretado, y leer en seguida las descripciones de los aparatos de profundidades de otros inventores. A su ilustración y á haya entre los aparatos de Peral quien cometa el *dislate* mayúsculo de suponer igualdad entre diferentes mecanismos porque todos utilizan la presión del agua; sería curioso que tratándose de profundidades, utilizaran la atracción de la luna! Para abreviar estas líneas no entro á discutir la cita que hace usted de

timones y hélices, que, como sabe usted, muy bien, son elementos que tienen muy distinto objeto y que marcan con carácter especialísimo cada submarino: el aparato de profundidades de que se trata no actúa sobre timones, al menos que yo sepa.

Dice usted, que el submarino Peral no es el primero: es cierto; pero es de los primeros, y como submarino eléctrico, pocos, muy pocos le llevan delantera. Como proyecto, será acaso el primero? Las fechas lo dirán. De donde resulta, amigo mío, que en la enumeración que usted, con cierta mala de polemista, coloca delante del nombre de Peral, hay que rebajar casi todos los que usted enumera. Es lo mismo; y perdone la comparación, que si para probarme que la locomotora de Trevithick, por ejemplo, no fué de las primeras, se me citasen todas las sillitas de posta que la precedieron; y yo podría probar que no es tan exagerado, como le parecerá á usted, el argumento.

Una última rectificación: yo no he dicho que Peral sea el único que ha resuelto el problema de sumergirse ó salir á flote á voluntad; y de conservar las horizontales; cuando digo que en teoría me parece su solución la más perfecta, claro es que admito que hay otras soluciones. Ni tampoco doy importancia á que un submarino esté en las pruebas dos, ó cuatro, ó diez horas bajo el agua, si no hace otra cosa que estar allí, como una campana de buzo; y se han dado casos.

Lo que ha hecho el Sr. Peral, según mis noticias, que considero exactas, es marchar con rumbo bajo el agua, es decir, conservar la horizontal. ¿Cuántos submarinos han hecho algo parecido?

De este punto he tratado extensamente, aunque en forma popular, en el *Diario de la Marina*; á lo dicho allí me refero.

Dispense usted esta réplica á su carta y crea usted que soy su buen amigo y s. s. q. s. m. b.

José ECHEGARAY.

26 de Octubre.

NUESTROS TELEGRAMAS

Término de un reinado.

(DE NUESTRO CORRESPONSAL PARTICULAR)

Bruselas 29 (4,40 m.)

Los telegramas recibidos de El Haya anuncian que ayer se declaró oficialmente la incapacidad del Rey de Holanda para gobernar. El dictamen de los facultativos de la real cámara sobre el estado mental del Rey, leído ante el Parlamento, declara que Guillermo III no recuerda su nombre, ha caído en el estado de verdadera infancia y ha olvidado la manera de leer y escribir. Las noticias de esta madrugada son que el Rey ha mejorado un poco desde que fue leído el dictamen de los médicos en el Parlamento.



luz de las orillas del Ródano, que el Goethe provenzal siembra á puñados con sus dos manos siempre abiertas, una de las cuales es poesía y la otra realidad.

¡Oh milagro de las palabras, mágica concordancia de la hora, de la decoración y de la hermosa leyenda campesina que el poeta nos contaba mientras seguíamos el estrecho camino, entre olivares y viñas! ¡Qué bien se sentía uno! ¡Cuán dulce y ligera me parecía la vida!

De pronto veláronse mis ojos, una angustia me oprimió el corazón. «Padre, ¡qué pálido estás!» me dijo mi hijo; y yo apenas tuve fuerzas para murmurar, mostrándole el castillo del rey Renato, cuyas cuatro torres me miraban llegar desde el fondo de la llanura: «¡He ahí Tarascon!»

Y es que teníamos que ajustar una terrible cuenta los tarasconeses y yo. Sabía yo que estaban muy enfadados y que me guardaban un profundo rencor por mis bromas sobre su pueblo y sobre su gran hombre, el ilustre, el delicioso Tartarin. Cartas, amenazas anónimas me habían advertido con frecuencia. «¡Ten cuidado, si pasas alguna vez por Tarascon!» Otros blandían sobre mi cabeza la venganza del héroe: «¡Temblad! el viejo león tiene todavía pico y garras!»

¡Un león con pico, demonio! Más grave aún yo sabía, por un comandante de gendarmes del país, que un viajante parisién que, por una desdichada homonimia ó por simple broma, había firmado «Alfonso Daudet» en el registro del hotel, se había visto asaltado brutalmente á la puerta de un café y amenazado de un chapuzón en el Ródano, con arreglo á las tradiciones locales.

Dé brin é dé bran Cabussaran Dou fenestroun De Tarascoun Dedins lou Rose. (1)

Esta es una antigua copla de 1798, que todavía se canta por allá, reforzada con siniestros comentarios acerca del drama de que

fueron testigos en aquella época las torres del rey Renato.

Y como maldita la gracia que me hacía caer de cabeza desde el ventanón de Tarascon, había evitado siempre, en mis viajes por el Mediodía, el pasar por esta buena villa. Pero he aquí que en esta ocasión una desdichada casualidad, el deseo de ir á abrazar á mi querido Mistral, y la imposibilidad de tomar el «Rápido» en otra parte que allí, me metían de lleno en la boca del león con pico.

Y menos mal si se hubiera tratado sólo de Tartarin: una lucha de hombre á hombre, un duelo á fecha convenzada bajo los árboles del paseo de la población, no es cosa que me inspire miedo. Pero la cólera de un pueblo, y el Ródano, ¡aquél ancho Ródano!....

¡Ah! Os aseguro que no es todo de color de rosa en la vida del novelista....

Cosa extraña. A medida que nos acercábamos á la población, los caminos se despoblaron, las carretas de la vendimia iban siendo más raras. Bien pronto no tuvimos delante de nosotros más que el camino vacío y blanco, y alrededor, en el campo, la soledad del desierto.

—Es particular—decía Mistral por lo bajo, un poco impresionado;—parece que estamos en domingo.

—Si fuera domingo oíríamos las campanas....—añadió mi hijo, en el mismo tono, porque el silencio que envolvía la villa y sus afueras tenía algo que ahogaba. Nada, ni una campana, ni un grito, ni siquiera uno de esos ruidos de carretería que resuenan con tanta claridad en la atmósfera vibrante del Mediodía.

Ya las primeras casas del arrabal se alzaban al fin del camino: un molino de aceite, la casilla del resguardo recién blanqueada. Llegamos.

Y nuestro estupor fué grande, apenas entrados en aquella larga calle llena de gijarreros, al encontrarla abandonada, cerradas puertas y ventanas, sin perro ni gato, chiquillos nigallinas, ni nadie; el cobertizo ahumado del albeitar, desprovisto de las dos ruedas que lo flanqueaban de ordinario; las

A. DAUDET

PORT-TARASCON

Ultimas aventuras del ilustre Tartarin.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

J. G. A.



MADRID

Establecimiento tipográfico de E. Jaramillo.

CURVA, NÚM. 5, BAJO

1890